

Este PAPA GRANDE

A FINES DE OCTUBRE LOS MEDIOS DE comunicación volvieron su foco hacia Roma. Por unos días, los acontecimientos desarrollados en el Vaticano en torno a los 25 años de pontificado de Juan Pablo II fueron noticia destacada en todo el mundo occidental. Los últimos veinticinco años que marcaron la de la humanidad en el tercer milenio de la Era Cristiana, en mayor o menor medida tienen la huella del pensamiento, la oración y la acción de Juan Pablo II.

Recuerdo muy bien la tarde del 6 de agosto de 1978: era domingo. Escuchaba sin mucho interés la transmisión de *Radio Exterior de España* mientras me preparaba para salir a algún paseo. Con mucha solemnidad el locutor anunció la muerte del Papa Pablo VI. Aceleré la preparación y me dirigí a mi parroquia de entonces, San Agustín, y allí encontré al Padre Carlos Pérez. Le di la noticia, que desconocía, llamó a la Nunciatura y le confirmaron. Ya no hubo paseo, empleé el resto de la tarde turnándome con el Padre Carlos, y otra persona que vino después, doblando las campanas por la muerte del Pontífice. Se sucedían las llamadas a la Parroquia para saber por qué doblaban las campanas. Menos mal que nos quedaban los templos y las campanas...

Entonces escuché hablar de cónclaves con más frecuencia. Todos hablaban de eso, en la Iglesia claro está. Fuera de nuestro círculo una escueta información oficial. Aquel fue el año del Festival Mundial de la Juventud y los Estudiantes.

El nuevo Cónclave eligió a Albino Luciani, Patriarca de Venecia. Me viene a la memoria la imagen de Monseñor Francisco Oves, también fallecido y por entonces Arzobispo de La Habana, leyendo, en algún momento de una reunión del Apostolado Seglar Organizado (ASO) en San Juan de Dios, algunas cartas del Papa Luciani escritas a personajes famosos de la historia -reales o imaginarios-, recopiladas en el libro *Illustrissimi*. Monseñor Oves leía directamente del italiano, pues los primeros ejemplares en español (*Ilustrísimos Señores*) aparecieron poco después de terminar el breve pontificado de Luciani. A los treinta y tres días murió el "Papa de la sonrisa" que había tomado el nombre

de Juan Pablo I. Rápido como un suspiro fue su papado, pero en el breve tiempo despertó buenas esperanzas... Otra vez doblamos campanas.

Fue ahí cuando la Providencia -por medio de los Cardenales electores- sentó en el trono de Pedro al Cardenal Wojtyła. Un polaco al frente de la Iglesia universal permitía muchas lecturas y hablábamos de ello, pero al menos de algo estábamos seguros: "si viene de Polonia tiene la experiencia de *la hoz y el martillo*". Y esto no era poco para los católicos cubanos de entonces, un puñado de seres humanos -nos conocíamos casi todos- viviendo la experiencia de fe bajo presión, *una isla dentro de la Isla*. Estábamos tan desinformados, que pasó mucho tiempo para enterarnos del malestar y la inquietud que su elección causó dentro la geografía soviética y también fuera de ella. Era comprensible. Aquel grito de "¡no tengan miedo, abran de par en par las puertas a Cristo!", con el que inauguró su misión papal, no fue visto con agrado en las sociedades -incluida la nuestra- que se afanaban en desterrar, por distintos métodos, los rezagos del pasado burgués, como la religión, que sería innecesaria al "hombre nuevo"; o en aquellas otras donde el posmodernismo pujaba por imponerse destronando ciertos valores cristianos que consideraba retrógrados y molestos al "hombre posmoderno".

Han pasado 25 años desde la elección de Juan Pablo II, que decidió retomar el nombre de su antecesor, y me doy cuenta que la mayor parte de mi experiencia como católico ha transcurrido bajo el gobierno eclesial de este Papa polaco. Ha sido un privilegio. He tenido la oportunidad de leer bastante de sus cartas y encíclicas, la biografía autorizada y la no; he podido conversar con personas que le conocen o están cerca de él; y todo ello ha confirmado mi creencia de que él es el Pastor de la Iglesia universal y yo una oveja consciente en el redil.

Estoy convencido de que, después de ser el único sobreviviente en su familia y salir con vida tanto de la ocupación nazi primero, y de la soviética después (ambas

con real peligro de muerte); de ser seminarista clandestino atraído por la mística de San Juan de la Cruz desde los primeros tiempos; artista, dramaturgo y poeta; filósofo y profesor; nacido eslavo en el país donde se nace católico; Obispo en el Concilio Vaticano II y hábil negociador, el Cardenal Wojtyla fue el hombre ideal para ocupar el puesto adecuado en el momento oportuno. Pareciera que los últimos 25 años de la historia de la humanidad constituyen un periodo histórico prediseñado a su medida una vez que fuera elegido Papa. El futuro -que es presente- esperaba al polaco Karol Wojtyla -¿no es esto la Providencia?

Quien quiera conocer más sobre su vida debe leer las biografías. Yo me quedo con sus mensajes, sus cartas, encíclicas y discursos, sus mensajes y gestos públicos, los de antes, cuando le llamaban “el atleta de Dios”, y los de ahora, en que no manifiesta ningún complejo por mostrar su imagen debilitada hasta el extremo cuando se trata de cumplir su misión. Si antes los Papas “o estaban bien de salud o estaban muertos”, como dice Monseñor Céspedes, Juan Pablo II no tiene reparos en mostrar su enfermedad o limitaciones físicas, incluso ha manifestado que si no lo encuentran en el Vaticano o en Castelgandolfo, lo pueden localizar en el Hospital Gemelli. El morbo, a veces, gusta de ver caer a los grandes y los neuronalmente limitados ven sólo el exterior, el cuerpo encorvado del Papa imposibilitado casi de caminar y con la palabra difícil, pero los católicos vemos al que aceptó cargar la cruz hasta el final, consciente de que el discípulo no es más que el Señor. Además, su mente funciona mejor que su cuerpo y la Iglesia, como bien dijera un miembro de la Curia romana, se gobierna con la cabeza y no con los pies. Pero me pregunto si no es para quitarse el sombrero ante esa imagen frágil, perseverante y auténtica, cuando el hedonismo actual impone modelos mediáticos hermosos, con las miradas y las palabras insulsas pero estudiadas, y hasta los Jefes de Estado pretenden ocultar el paso de los años con tintes y maquillajes ridículos.

Su pontificado ha estado matizado por el dolor, tanto físico como espiritual, casi desde el principio. Pero ha sabido conducir la barca eclesial hasta el siglo XXI como le pronosticara el cardenal Stefan Wiszynski, ¡y de qué manera! Le han llamado a un tiempo conservador, reaccionario y liberal. Pero él ha sido únicamente fiel a su invitación del primer día: no ha tenido miedo de abrir las puertas a Cristo. Ha abierto las puertas de muchos lugares, privados y públicos, religiosos y civiles, para iluminar con la fe que le da vida.

Los viajes pastorales del Papa son ya historia, tal vez sea lo que más se recuerde de él en el futuro, porque apenas quedó país que no visitara, aunque hubiera sólo un centenar de católicos aguardando. Se dice que ha empleado el diez por ciento de su pontificado -dos años y medio- en viajes pastorales. Y la prensa detrás de él. Verdaderamente ha sido un Papa de los medios de comunicación. El lo sabe y lo ha aprovechado. Vivimos ya en la cultura mediática, y

**ÉL HA SIDO ÚNICAMENTE FIEL
A SU INVITACIÓN DEL PRIMER DÍA:
NO HA TENIDO MIEDO DE ABRIR
LAS PUERTAS A CRISTO.
HA ABIERTO LAS PUERTAS
DE MUCHOS LUGARES,
PRIVADOS Y PÚBLICOS,
RELIGIOSOS Y CIVILES,
PARA ILUMINAR
CON LA FE QUE LE DA VIDA.**

los medios de comunicación son un eficaz instrumento de evangelización. Pero la prensa va detrás de él sobre todo por una sola razón: la autenticidad que transmite en estos tiempos de falsedades y demagogias.

Juan Pablo el Magno le llaman ya algunos. Me arriesgo a pensar que, quienes hemos tenido el privilegio de formar parte de la Iglesia durante su periodo como Papa, le recordaremos por habernos sacudido para salir del letargo acomplejado al que nos quisieron condenar los más disímiles poderes de este mundo, para quienes la fe es una debilidad ideológica o algo privado. En estos 25 años la Iglesia ha salido al ruedo, no para vencer sino para proponer la Verdad de Jesucristo; para defender a la persona sometida por los regímenes autoritarios o las fuerzas del mercado deshumanizado; para exigir respeto por la cultura de los pueblos, la paz y la solidaridad. Cuando -a pesar de los llamados en sentido contrario y los esfuerzos reales desplegados en su momento por los Papas Juan XXIII y Pablo VI- muchos en la misma Iglesia creían que ya casi todo dependía de la resignación pasiva, y las inseguridades y los experimentos pseudo-religiosos parecían imponerse, llegó Juan Pablo II para salvaguardar la vasija de barro e invitarnos a practicar universalmente la experiencia de la fe en todas las esferas de la vida pública, a asumir la responsabilidad que, como católicos, tenemos en la sociedad y a defender la dignidad del ser humano, de todos los seres humanos, piensen como piensen y vivan donde vivan, como en los primeros tiempos, por eso impulsó la “nueva evangelización”: nueva en su ardor, nueva en sus métodos y nueva en su expresión. Y él al frente, sosteniéndose en el báculo con la imagen del crucificado, para que no olvidemos que el triunfo de la fe pasa por el sufrimiento de la Cruz.

Como todos los seres humanos un día tendrá su Pascua, cuando Dios lo determine. Pero ¡cuántas satisfacciones nos dejará! Y habrá entonces un nuevo Cónclave y el Espíritu Santo volverá a insuflar sobre los Cardenales electores. Un nuevo Pontífice gobernará y guiará a la Iglesia, enriquecido con toda la tradición apostólica de quienes le antecedieron. Mientras tanto *habemus Papam*: Juan Pablo II... Este Papa Grande. Ω